



Integración de los saberes en una educación católica

Mauricio Echeverría Gálvez

Documento del grupo de investigación PROSOPON¹

Barcelona, Abril 2010

I. Introducción

En los tiempos recientes, el Magisterio de la Iglesia ha pedido encarecidamente a las instituciones y a los educadores cristianos avanzar en la integración de la fe y los demás saberes (cf.: Vaticano II, *Ex Corde Ecclesiae*, documentos de la Congregación para la Educación Católica, discursos de Benedicto XVI, documento del CELAM en Aparecida). De esta manera, la autoridad eclesial reconoce el hecho de la falta de articulación entre la fe y las disciplinas modernas. Por otra parte, las múltiples iniciativas y la variedad de enfoques actuales para integrar las disciplinas modernas entre sí (interdisciplinariedad, multidisciplinariedad, pluridisciplinariedad, transdisciplinariedad) demuestran la ausencia de una articulación real incluso entre estas mismas.

El problema que queremos plantear aquí apunta a la necesidad de discernir las claves para integrar la fe y los demás saberes disciplinares, en una propuesta curricular católica. En particular, nos interesa esbozar un criterio de articulación disciplinar para el presente. Por cierto, cualquier criterio de articulación curricular implica importantes definiciones culturales, epistemológicas y pedagógicas. Además, la integración real de la fe y los demás saberes en un establecimiento escolar o universitario católico conlleva muchos otros desafíos teóricos y prácticos, sobre todo relacionados con la identidad y la formación de los educadores.

¿Cuáles son los criterios de articulación curricular que encontramos en los sistemas educacionales actuales? No parece significativo distinguir –a este propósito– entre instituciones laicas y católicas, pues estas últimas siguen de hecho los mismos modelos curriculares que las primeras. Sí cabe diferenciar entre las corrientes de avanzada y los sistemas vigentes. Las nuevas corrientes, que se van imponiendo en la educación actual, consisten a mi juicio sobre todo en dos: los currículos basados en competencias (para la educación formal) y las opciones libres de autoformación (para el consumo privado). Sin embargo, en los sistemas educativos vigentes, seguimos encontrando realidades curriculares basadas en resabios de modelos pretéritos, cuyo criterio de articulación por lo mismo resulta confuso y anacrónico.

En lo que sigue, expondré primero mi visión acerca del criterio articulador principal en las grandes concepciones educacionales occidentales: en la edad antigua, en la edad media y en la edad moderna. Y pasaré luego a plantear mi propuesta de articulación disciplinar para la educación católica contemporánea. En todos los casos, el criterio de articulación curricular dependerá del ideal cultural al que responda cada modelo de educación.

¹ Ponencia en el Congreso Internacional “¿Una Sociedad Despersonalizada? Propuestas Educativas”, de la Universitat Abat Oliba CEU (Barcelona, 13-15 de abril de 2010).



II. Educación Antigua

El criterio articulador de la educación antigua sigue a mi juicio el ideal griego de la *areté*: la virtud intelectual, estética y moral. En ese sentido, la educación griega se constituyó como una estructuración racional de los pasos y técnicas necesarios para procurar el desarrollo más excelente del individuo humano en la polis.

El ideal de *areté* preside la formación del joven griego, desde la arcaica educación heroica, hasta la elaborada educación filosófica, pasando por la formación tradicional en gimnasia y música, así como por el currículo clásico de disciplinas lingüísticas y matemáticas que se conocería luego como *trivium* y *quadrivium*.

Fiel al principio griego del *logos*, la educación antigua va definiendo la ordenación racional de las etapas sucesivas que es necesario consolidar desde la niñez hasta la madurez, a fin de lograr el hombre y ciudadano de excelencia. Las áreas extremas del currículo, la educación física y la educación filosófica, se supeditan a las disciplinas principales -sobre todo literarias y en menor medida científicas- que constituyen para el genio griego el núcleo formativo de un ser humano sobresaliente. La utilidad cívica de la educación viene sobreentendida; la preside y anima en todo momento. Sin embargo, el currículo formativo no es determinado directamente por las competencias ciudadanas necesarias para el futuro éxito político o profesional, sino que este éxito se espera como resultado necesario de una adecuada formación del hombre en cuanto tal.

De esta manera, la educación superior puede especializar al hombre ya formado, profundizando en la retórica o en alguna ciencia, elevándolo mediante la filosofía, o profesionalizándolo como médico (o abogado entre los romanos). No obstante, la educación propiamente tal era para los antiguos la formación humanista general.

El criterio articulador del currículo antiguo buscaba ordenar el desarrollo gradual del niño y del joven hacia el hombre maduro pleno, siguiendo la complejidad creciente de las disciplinas en sí mismas; con clara preeminencia de las literarias por sobre las demás (consideradas sólo como complementarias). El punto de mira pedagógico era la verdad, la belleza y el bien en sí mismos, no los intereses o las etapas evolutivas de la psicología infantil.

La educación humanista integral de la antigüedad encontraba su texto clásico de referencia en la *Ilíada* de Homero (y, en menor medida, en la *Odisea*, en Hesíodo y otros autores posteriores, griegos y romanos). La autoridad universal de Homero, “educador de Grecia”, su presencia en todos los niveles y áreas de la educación, confería gran coherencia al currículo antiguo. La narración épica y poética de la legendaria gesta griega en Troya aportaba un soplo estético, un marco cultural y mitológico, así como modelos y eventos humanos, de potente valor pedagógico.

El marco pedagógico de la *Ilíada* revela otra faceta fundamental de la educación antigua: su coherencia totalizadora. La formación humanista clásica era a la vez intelectual, estética, moral y religiosa. Todos los agentes educativos ligaban su aporte pedagógico específico con el común ideal de *areté* integral, remitiéndose a los mismos versos, a los mismos dioses, a los mismos héroes. De esta manera, el criterio de articulación curricular era sostenido no sólo por los programas oficiales, sino por la acción cotidiana de toda la sociedad en su conjunto: por la familia, por el esclavo pedagogo, por los maestros, por las instituciones políticas, por las tradiciones deportivas, artísticas y militares.

La grandeza y perfección del modelo de educación antigua lo hizo perdurar durante dos milenios, al menos en su currículo nuclear: las siete artes liberales y sus proyecciones



políticas, jurídicas y filosóficas. Forjado en el siglo de oro griego, adquirió su forma definitiva en el helenismo, fue universalizado por el Imperio Romano y sobrevivió inalterado por mil años en Bizancio.

Más aun, el concepto griego de educación, como desarrollo sistemático e integral del niño hasta su madurez a través de su formación en una serie articulada de disciplinas curriculares, continúa siendo el mismo que utilizamos hasta el día de hoy.

III. Educación Medieval

Pero el modelo pedagógico griego no gozó de igual suerte en el occidente europeo que en el oriente bizantino. Las oleadas de invasiones bárbaras en aquél fueron destruyendo el sistema de educación antigua, con intermitentes recuperaciones parciales, hasta hacerlo desaparecer prácticamente por completo.

El cristianismo había desarrollado hasta entonces sistemas de formación catequética y monástica, paralelos a la escuela y la universidad antiguas, sin sustituirlas. Cuando éstas desaparecieron, la Iglesia debió asumir la enseñanza de la lectura, la escritura y el canto, indispensables para la formación religiosa. Con este fin aparecerían las escuelas monásticas, catedralicias y parroquiales (y más tarde las municipales y particulares, que agregan los nuevos intereses prácticos y comerciales burgueses).

Sólo con las nuevas universidades medievales se oficializa el modelo completo de educación cristiana, prefigurado ya muchos siglos antes por maestros como Orígenes, por compiladores como Casiodoro o por teóricos como San Agustín (y ya practicado en las escuelas patriarcales bizantinas). Este modelo educativo medieval recupera la tradición antigua de las artes liberales, pero sólo como preparación previa para el estudio de la teología, intercalando entre ambas la necesaria formación filosófica. También recupera la formación profesional antigua en las nuevas facultades de medicina y de derecho.

En las escuelas superiores medievales (monásticas y universitarias), la enseñanza de las “artes” abarcaba principalmente el *trivium* lingüístico, ante todo la gramática (la retórica y la dialéctica ya no miran a la formación de oradores políticos), y muy poco del *quadriivium* matemático. La filosofía se considera parte y culmen de la facultad de artes. La nueva configuración del currículo medieval se explica por el ideal cultural al que apunta: *quaerere Deum*. El sistema educativo cristiano no persigue ya a la exaltación virtuosa del ciudadano, sino guiar el alma hacia Dios -a través de la verdad revelada en Cristo- para su salvación eterna.

Leer y pensar correctamente tienen ahora como finalidad y medida la mejor comprensión de las verdades de fe. La gramática, la lógica, la filosofía y la teología conforman los pasos progresivos de una formación intelectual cristiana. El estudio de autores, modelos y temas paganos se acepta sólo en cuanto auxilio para ese fin. La enseñanza de las ciencias – historia, geografía, zoología, astronomía...- adquiere sentido en la medida en que ellas permiten comprender mejor las sagradas escrituras.

Es que el nuevo texto canónico de la educación ya no es la *Ilíada*, sino la Biblia. Se aprende a leer y escribir con los salmos y el Nuevo Testamento. La teología se apoya en la filosofía (y otras ciencias auxiliares) para mejor comprender el sentido verdadero de los textos sagrados. *Quaerere Deum*: conocer y adorar a Dios, con las palabras reveladas. La liturgia medieval exige formarse en el latín, en la lectura, en el canto. Se estudia con la Biblia (y con sus comentarios autorizados), se reza con la Biblia. La cosmogonía, los modelos, las narraciones, los versos provienen ahora de la Sagrada Escritura, no ya de Homero. La omnipresencia de la visión cristiana y del texto revelado en la cultura medieval



favorecerá la eficacia del nuevo criterio articulador del currículo educativo, de modo análogo a lo que sucedía en la educación antigua.

Llegamos así a la primera integración sistemática de los saberes en una educación católica formal. Una integración clara y simple. Las disciplinas serán seleccionadas y articuladas entre sí, en la medida y en el orden en que faciliten la comprensión y la celebración de la Palabra revelada, para la salvación del alma. Tal es el criterio articulador del currículo medieval.

El modelo educativo antiguo es subsumido de manera muy parcial, bajo este nuevo prisma curricular. Ya no se aspira al desarrollo pleno e integral de todas las áreas propiamente humanas –cuerpo y alma, razón y voluntad, ciencia, arte y moral- para la gloria del propio individuo y de su polis, sino sólo en cuanto aquello se necesita para lo único verdaderamente importante, la salvación.

Sin embargo, el vínculo entre educación antigua y educación medieval es más profundo y decisivo de lo que parece. El encuentro de la razón griega con la salvación cristiana ilumina la educación medieval, en dos planos. Primero, ya que esta nueva educación cristiana continúa siendo una estructuración curricular y metodológica racional, sistemática, lógica, como lo era la antigua. La razón preside y ordena la educación, tanto en la antigüedad como en la Edad Media.

Segundo, y más importante, la formación de la razón –como clave del crecimiento humano y de las disciplinas escolares- recupera en el Medioevo el lugar que tuvo en Grecia. Más aun, la razón es elevada ahora a un nivel supra-humano. El Logos se hizo logos. El hombre puede conocer la Razón Divina. La Palabra se deja comprender a través de palabras humanas. La fe eleva y supone la razón. El camino de la salvación pasa por aprender a leer, a discernir y a cantar las maravillas del Señor.

La estructura educativa medieval perduraría durante muchos siglos, sobre todo en el nivel universitario. Sin embargo, su espíritu cambiará radicalmente al imponerse un nuevo ideal cultural. Los sucesivos movimientos de reforma, tanto católicos como protestantes, intentarán reponer el ideal cristiano como foco articulador del currículo escolar, pero terminarán sucumbiendo a la nueva visión sobre el hombre y su educación.

IV. Educación Moderna

La progresiva educación del hombre medieval, por parte de la Iglesia, a lo largo de todo un milenio, conllevó también una elevación del nivel cultural, económico y político de la sociedad. La nueva madurez alcanzada, “en busca de Dios”, facilitó quizás que el hijo pródigo exigiera su herencia y partiese hacia tierras lejanas. Lo cierto es que la educación moderna dejó de mirar al Padre Bueno como punto de referencia (y a la madre Iglesia que la había engendrado), y se embarcó en un nuevo proyecto propio.

En líneas muy generales, puede caracterizarse al proyecto moderno como la búsqueda de una solución global a todas las aspiraciones de la humanidad, desde el hombre y para el hombre. Por cierto que sólo en la Edad Moderna el sistema educativo formal adquiere una pretensión universal, tanto en extensión como en objetivos. En cuanto a la extensión, la educación sistemática moderna tiende a abarcar toda la vida de la persona, desde la cuna hasta la ancianidad. Ya no se limita a preparar al niño desde los siete años hasta su juventud madura (como había sido siempre antes), sino que ahora el currículo educativo se yergue como tutela permanente, desde el nacimiento (o antes, con la estimulación intrauterina) hasta la muerte.



También en los objetivos, la educación moderna es universal: aspira a modelar por completo al ser humano y, de esta manera, solucionar todos los problemas de la sociedad. No deja de asombrar la confianza ingenua que continuamos teniendo -incluso hoy- en la escuela, como factor clave para resolver todas las falencias de la familia, de la convivencia cívica y de cada individuo en particular. Este totalitarismo pedagógico ha provocado que el sistema educacional moderno se haya ido expandiendo hacia todas las áreas imaginables. Todo puede ser enseñado, todo puede ser aprendido. La educación, clave de la ilustración. La educación, clave del progreso. La educación, clave de la revolución. La educación, clave de la democratización. La educación, clave del crecimiento económico.

El ideal cultural moderno puede resumirse como expansión universal y autónoma de la humanidad. El hombre moderno, embriagado por el descubrimiento de sus inmensas capacidades, aspira a controlar toda la realidad, sin más límites que los que él se autoimponga. El control de la realidad material se llama tecnología. La “forma tecnológica” será, entonces, la modalidad propia de la cultura y de la educación modernas. El logos al servicio del dominio práctico. Ideas claras y distintas, manejables con precisión, determinables de manera empírica y matemática, capaces de predecir y de cambiar la realidad.

La educación será el vehículo predilecto de la modernidad para transformar a cada hombre y, desde él, a toda la sociedad. Transformar al hombre en un ser plenamente autónomo y dominador de la realidad, promotor -a la vez- de una sociedad perfectamente organizada y eficiente. ¿Cómo se logra esto? Formando la mente “tecnológica”, capaz de manejar conceptos claros y precisos, cuantificados, útiles. Traspasando a esa mente un resumen de los contenidos ya adquiridos por las disciplinas modernas. Y especializándola luego en alguna de esas disciplinas, para que logre dominarla con mayor perfección y utilidad.

Ahora bien, dado que cada disciplina moderna se desarrolla acotando progresivamente el dominio empírico-matemático de un sector de la realidad, esto hace que las ciencias avancen por caminos paralelos (o más bien divergentes), sin conexiones reales entre sí. El punto de partida no es la realidad, sino la voluntad de dominarla por parte del sujeto.

Por todo lo anterior, el criterio moderno de articulación curricular pasó a ser el “enciclopedismo”; es decir, la yuxtaposición de disciplinas y de conceptos, perfectamente delimitados unos de otros, ordenados entre sí por factores externos (abecedario, horarios, disponibilidad de salas, etc.). Desde la enciclopedia iluminista hasta la *wikipedia*, el estudiante recibe un cúmulo de contenidos, en apariencia todos de igual valor y sin claves internas para su discernimiento. Por la misma falta de un criterio ordenador intrínseco, y por la aspiración de dominio universal de la modernidad, la tendencia en la educación enciclopédica es la de aumentar sin límites (ni prioridades claras) la cantidad de información disponible.

Para superar las falencias del currículo enciclopedista, y fiel al ideal moderno de dominio práctico, se han generado las dos nuevas corrientes de articulación que mencioné al principio: la basada en competencias y la del autoservicio formativo. La educación por competencias ordena los estudios directamente en función de su utilidad laboral. El autoservicio ofrece al estudiante-consumidor un menú abierto de opciones formativas según los intereses y posibilidades del cliente. En ambas corrientes los saberes son articulados de manera fragmentada (modular o aleatoria), sin integración intrínseca entre ellos.

¿Qué queda de los currículos antiguo y medieval en este esquema moderno? Más que destacar la recuperación actual de la educación física y artística de los griegos, o constatar



la casi extinción del estudio del latín, la filosofía o la teología de los medievales, lo que importa es advertir la nueva colocación enciclopédica de todas esas disciplinas precedentes en los currículos modernos: una al lado de la otra, sin articulación o priorización interna.

V. Propuesta Educativa: una nueva articulación

Como se ve, la integración real de la fe con los demás saberes resulta inviable en una escuela o universidad católica actual con currículo enciclopédico, ya sea de tipo iluminista (tradicional), por competencias o de autoservicio. Tampoco parece posible ni conveniente retroceder en la historia hacia un modelo estrictamente medieval. Por lo tanto, propondré una alternativa de integración disciplinar que abarque de alguna manera a los tres modelos precedentes.

En cuanto al ideal cultural, por cierto que la fe sólo puede ser incorporada como luz superior, a la manera medieval; no como marco mitológico (equivalente al griego) o como un sector más de estudio especializado. Si se quiere integrar de verdad la fe y los demás saberes, no cabe más que poner la salvación del hombre en Cristo como horizonte vital de la educación católica: del centro educativo y de sus miembros. ¿Es ello posible hoy? Sólo si la dirección del centro, la mayoría de los profesores y la mayoría de las familias involucradas lo viven de hecho así.

Sin embargo, ¿es del todo incompatible el ideal de salvación cristiana con el antiguo ideal de la *areté* o con el moderno ideal de expansión humana? Para el primer caso, el problema principal radica en la aspiración griega a una excelencia merecedora de fama y honra imperecedera entre los hombres. Ello choca con la virtud cristiana de la humildad, necesaria para recibir la gracia redentora de lo alto, siempre inmerecida. Este problema fue planteado con gravedad en su tiempo, al contrastarse la virtud fundamental griega de la magnanimidad con la humildad, base de toda otra virtud cristiana. Y sólo sería resuelto en definitiva por Tomás de Aquino, quien logra conciliar la aspiración humana a una vida excelente y merecedora de aprobación (por parte de Dios más que de los hombres), con el humilde reconocimiento de que todo lo bueno procede siempre de Dios.

También el ideal moderno ofrece a la visión cristiana (capaz de incorporar todo lo auténticamente humano) nuevas luces sobre las fronteras del alma y sobre las posibilidades de la humanidad. Por lo tanto, podemos proponer un ideal cultural cristiano contemporáneo, que plantee la salvación de todo lo humano en Cristo, que busque a Dios como horizonte último de explicación para todas las aspiraciones legítimas del ser humano y de la sociedad.

Con ese ideal cristiano y humano amplio, es factible definir un criterio curricular que articule coherentemente todas las disciplinas, antiguas, medievales y modernas, en busca al mismo tiempo de excelencia, de expansión y de Dios.

El orden curricular iría desde las aspiraciones profundas de la humanidad (tan bien expresadas por las disciplinas artísticas modernas) hasta las respuestas definitivas de la revelación (magistralmente explicadas por la teología medieval). Entre ambos polos, las disciplinas lingüísticas, científicas y filosóficas potenciarán las facultades del alumno para que éste recorra paso a paso los amplios caminos del conocimiento. Pero, ¿con qué criterio escoger y limitar los inacabables campos especializados de estas disciplinas?

En este punto no cabe sino recurrir al sano realismo original de la razón griega. El deseo natural de saber apunta de suyo a conocer cómo son en verdad las cosas. La admiración ante la grandeza de la realidad gatilla el esfuerzo racional por comprenderla cada vez más,



desde el nivel más empírico hasta su esencia más profunda. Que Cristo sea la Verdad y el Logos no anula el dinamismo de la razón, sino que debería conferirle una mayor potencia explicativa. Reponer el punto de partida cognitivo y didáctico en la realidad misma, y no en los medios de dominarla.

En consecuencia, los enfoques parciales de cada disciplina merecen ser considerados y utilizados en la medida y en el orden en que permitan al alumno (según su edad) adentrarse en la comprensión de la realidad. Más aún, un currículo realista debería articular los diversos saberes en torno a núcleos temáticos comunes: el árbol, la familia, África, el siglo de oro español... Desde una introducción artística hasta una visión teológica de cada tema, pasando por aportes relevantes de las ciencias empíricas y filosóficas al respecto. Las letras y las artes pueden ser enseñadas en torno a esos mismos núcleos temáticos reales. A todo ello puede seguir la expresión estética de los temas estudiados, la actividad física y recreativa alusiva, así como el desarrollo de habilidades prácticas necesarias para el buen cuidado y la proyección práctica de lo aprendido.

De esta manera los saberes se integran coherentemente entre sí, para ofrecer respuestas cada vez más completas a los anhelos profundos de verdad, belleza y bien, presentes en el corazón de todo alumno. El desafío de los educadores consistirá en despertar y mantener vivos esos anhelos, a lo largo del imprescindible y a veces tedioso camino de ejercitación y esfuerzo, necesarios para que el alumno llegue a las cumbres del saber y pueda atisbar desde allí las primicias de eternidad.

Queda abierta la cuestión sobre el texto canónico que pudiese ofrecer una adecuada cosmovisión educativa cristiana contemporánea, el marco pedagógico unitario. Por cierto tendría que incluirse la Biblia, pero también los clásicos antiguos, medievales y modernos (las novelas, por ejemplo, no las enciclopedias). No parece posible su síntesis en una sola gran obra de referencia.

En cualquier caso, mientras no se intente un currículo educativo verdaderamente renovador, como el que he esbozado aquí, la integración de los saberes con la fe en nuestros tiempos sólo podrá alcanzar niveles periféricos.